

dan a construir una compleja organización social, lo que a la postre es la esencia de la ciudad griega. En síntesis, la tesis de González García apunta a mostrar que existe una continuidad funcional entre el hogar del palacio y el hogar común de todos los griegos, la polis.

En síntesis, esta obra es riquísima en intercambios e interpretaciones, destacando los usos de variadas fuentes literarias, estudios históricos, epigrafía, arqueología o iconografía, que en su conjunto permiten adentrarse en la construcción de la identidad griega, pero bajo ningún punto de vista son interpretaciones absolutistas, sino más bien, promueven nuevos debates e investigaciones, dejando de manifiesto el valor de los clásicos y sus enseñanzas en el mundo contemporáneo.

**Alejandro Witker.** *O'Higgins, cultura y nación. Repertorio para el Bicentenario.* Chillán, 2006.

ARMANDO CARTES MONTORY  
Universidad de Concepción

Un debate permanente, entre los historiadores, es la importancia del hombre, del sujeto individual, en el desarrollo de los acontecimientos históricos. Sostienen unos que el individuo es, cuando más, el mero encauzador de poderosas fuerzas subyacentes, que de todas maneras están destinadas a expresarse. Otros, en cambio, sitúan en el sujeto, el "héroe", con sus pasiones y sus circunstancias, el eje de la Historia. La verdad, por supuesto, como las virtudes, hay que buscarla en el equilibrio de ambos extremos.

Cualquiera sea nuestra apreciación sobre el punto, resulta muy difícil concebir la emancipación chilena y la temprana organización de la República sin la figura señera de Bernardo O'Higgins. Su accionar público, con la espada del soldado o el cetro del gobernante, se proyecta luminoso sobre los años fundacionales de la República. Se inicia en las postrimerías de la Colonia y no terminará sino cuando Chile alcanza su plena independencia.

Ignorantes de sus hechos heroicos y singulares, sería difícil, en verdad, imaginar un arquetipo más peculiar para el Padre de la Patria. Se trata, nada menos, que del hijo del Virrey del Perú, la autoridad más alta de la Monarquía en esta región de América. Llamado, por lo mismo, a recibir honores y fortuna, por su ilegítima cuna sólo obtendrá el desprecio de la aristocracia santiaguina. Era pelirrojo, "una cabeza de irlandés en cuerpo criollo" al decir de Campos Harriet. Pasó, entre la educación y el exilio, la mitad de su existencia fuera del país. Vivirá, en su juventud, muchas privaciones, mas llegará a ser el hombre más rico de Chile, para luego perderlo todo.

Tal era el hombre que nos dio la libertad. Que arriesgó la vida, perdió su fortuna y antepuso a su felicidad la causa de la patria. La complejidad psicológica del prócer, derivada de sus tristes circunstancias íntimas, lo humanizan y despiertan la simpatía de quienes se adentran en su vida. Las mismas circunstancias motivan a la reflexión y provocan arduas incógnitas: ¿Si otras hubieren sido sus circunstancias personales, habría sido otra su conducta? ¿Y si el talento de O'Higgins hubiera estado al servicio de las armas del Rey, habría sido nuestra emancipación todavía más larga y más sangrienta? Por sus vinculaciones personales y sus intereses comerciales, no podría habersele reprochado por ello, ¿habríamos caído en la anarquía y el desgobierno, como nuestros vecinos? En dilucidar estas y otras cuestiones se ha empeñado, durante un siglo y medio, una pléyade de autores nacionales y extranjeros.

En este punto es imperioso reconocer algunos elementos del legado civilista y republicano del Libertador. La fortaleza de las instituciones, elemento diferenciador de Chile en el contexto regional, como bien apunta el autor, encuentra su origen en la labor fundacional de O'Higgins y Portales. Formado en los ideales de Francisco de Miranda, "instaló en Chile un círculo virtuoso de aprendizaje político, creando una institucionalidad estable, cuyos efectos económicos fueron ampliamente positivos", opina el estudioso belga Christian Ghymers. Esto explicaría la singularidad chilena y su éxito en el siglo XIX.

Bernardo O'Higgins fue consecuentemente republicano, aun más que San Martín o Bolívar. Se opuso siempre a instaurar regímenes monárquicos. Era una progresista en lo social, imbuido de ideales democráticos, que tuvo que postergar, apremiado por las circunstancias del momento y el nivel de desarrollo político y cultural del país. Guiado por su pasión republicana, dio importantes pasos para crear en Chile un Estado moderno. Terminó con la venta de cargos, mejoró la seguridad pública y creó el Tribunal de Cuentas. Estableció —hallándose en Talcahuano— la Legión al Mérito, eliminó títulos nobiliarios, protegió la educación y promovió la industria.

Sin preparación militar, en un país con varios siglos de tradición castrense, logró no obstante imponerse, por su visión estratégica y su conducta en el campo de batalla. Llegó a ser general en jefe, fundó la Escuadra y la Escuela Militar. Y sin embargo era partidario del poder civil y, según declaraba, prefería las tareas agrícolas. El maestro Eyzaguirre ha consignado una anécdota, ocurrida en la cena de gala celebrada en Lima, tras el triunfo de Ayacucho, que ilustra este rasgo de su carácter. Los generales peruanos, argentinos y colombianos concurren con sus más elegantes uniformes. O'Higgins, en cambio, aparece de civil e, interpelado por Bolívar, le señala: "Señor, la América está libre. Desde hoy el general O'Higgins ya no existe; soy sólo el ciudadano particular Bernardo O'Higgins. Después de Ayacucho mi misión americana está cumplida".

No tenía apego al poder. Hoy se considera la abdicación uno de sus momentos supremos. "Su renuncia al poder, dice Ghymers, fue un acto único en la historia americana", tal vez el hecho más sublime de su actuación pública, agrega Alejandro Witker. Ese gesto, sin embargo, no fue un hecho aislado, sino el reflejo de su carácter. Era sobrio, austero, desprendido. La viajera inglesa María Graham, quien lo trató personalmente, así lo describe: "El es modesto, llano, de modales sencillos, sin pretensiones de ninguna clase. Si ha realizado grandes hechos los atribuye a la influencia del amor patrio, que, como él dice, puede inspirar a un hombre corriente los más nobles sentimientos"(...) "Podría haberse hecho señor absoluto si hubiere tenido un rastro de ambición. Es curioso que un soldado afortunado como O'Higgins tenga la sensatez de ver el peligro del poder absoluto y el buen sentido de evitarlo; él, sin embargo, posee ambas cualidades".

Su triunfo fue hacerse "esclavo de la ley estando en el lleno de la autoridad", como le señala Mariano Egaña en una carta. Los triunfos militares, agrega, tienen un componente de fortuna y quizás otro de vanidad. Pero responder a la confianza de un pueblo, "que pone en sus manos un mando sin límites, y el jefe quiere sólo obedecer a la voluntad pública y hacer crecer la autoridad de su cargo por la de su mérito", ésa es la mayor victoria del Director Supremo.

Fueron los suyos tiempos difíciles, una época de profundos cambios, en que se rompe el orden social hispánico y comienzan a expresarse nuevas fuerzas. En ese contexto, destaca Julio Heise, O'Higgins "fue capaz de encauzar el torrente de irracionalidad que necesariamente debió producir la ruptura violenta de la tradición colonial". Aunque debió pagar por ello un alto costo personal, jamás se arrepentiría.

Fue un hombre de una cultura superior a su tiempo. En un país donde pocos todavía podían leer o escribir, el prócer dominaba el inglés, el francés e incluso el mapudungu. Su esmerada educación en el extranjero jamás le llevó a desdeñar la cultura originaria. Al contrario, siendo Director Supremo hizo inscribir en cada escuela la frase "no hablemos de griegos y fenicios, hablemos de indios". Tocaba piano y pintaba con maestría. Todo lo cual explica su vasta labor en el urbanismo, la educación y las artes.

Tuvo una fuerte vocación americanista. Esta lo llevó a organizar la Expedición Libertadora del Perú y a ofrecer su espada a Bolívar. Aun ofreció batirse por la independencia de México. Creía en una alianza americana de pueblos libres y contribuyó al reconocimiento de Chile y al avance de las relaciones internacionales. No por eso olvidó sus raíces. El escenario de su niñez, sus afectos, su acción política y militar y sus afanes agrícolas, fue, en gran medida, el territorio de la actual Región del Bío-Bío. Así lo reconocían sus contemporáneos y lo recordamos hoy. Camilo Henríquez, en su loa a Bernardo O'Higgins, señala: "Elevóse de Arauco el fuerte genio... la libertad civil dando a su patria... ¡Genio de Arauco!" Neruda, en el pasado siglo, en la canción que compusiera con Vicente Bianchi, lo define con estas palabras: "Niño triste, roble solo, / lámpara de Chillán viejo... hijo del campo y del pueblo". En esta hora, más que nunca, debemos valorar su vinculación regional.

En la historiografía chilena, la presencia de O'Higgins es considerable. Meritorios trabajos han destacado dimensiones siempre nuevas de su personalidad. Se ha revisado, así, su labor fundadora de las instituciones del Estado; su religiosidad, su contribución a la independencia de América. De manera cíclica, resurge el interés por el Libertador, en aparente coincidencia con los momentos críticos de nuestra historia. Y, cosa curiosa, su figura logra congregarse, a la vez, la pluma comprometida de Neruda y la devoción de conservadores y portalianos.

En épocas de crisis, cuando los países deben reinterpretarse a sí mismos para enfrentar el futuro, la mirada vuelve siempre a fijarse en la estampa del Libertador. La bibliografía así lo refleja. La inicia Miguel Luis Amunátegui, en 1853, con *La Dictadura de O'Higgins*, libro que inaugura una fértil tradición prosopográfica. Continúa, a dos décadas de su muerte, con el *Ostracismo del General don Bernardo O'Higgins*, de Benjamín Vicuña M., escrito en Montalván, en la misma habitación donde aquél falleciera. El mismo Vicuña se empeñará en traer a Chile los restos del prócer, lo que ocurrirá en 1869 y, para celebrarlo, prepara otra obra monumental, *La Corona del Héroe*, con la cual se clausura este primer ciclo biográfico.

Hacia mediados del siglo XX, para el centenario de su muerte, se publican libros importantes. Desde luego,

el *O'Higgins* de Jaime Eyzaguirre, en 1945, y *La vida Heroica de O'Higgins*, de Fernando Campos Harriet, al año siguiente. Antes, Ernesto de la Cruz había publicado el *Epistolario* y Eugenio Orrego V. la *Iconografía de O'Higgins*, trabajos relevantes que han perdurado. La iniciativa más trascendente, sin duda, que dio renovado impulso a los estudios o'higinianos, es el *Archivo O'Higgins*. Iniciado en 1950, se trata de una valiosa colección de documentos, que ya se empuja al volumen XXXVI y ha permitido avanzar las investigaciones.

Hacia los años setenta y ochenta, el *O'Higgins* de Sergio Fernández Larrain y, fundamentalmente, el *Bernardo O'Higgins, el Buen Genio de América*, la obra premiada de Luis Valencia Avaria, parecen colmar el espacio de las biografías generales. Con un sentido más monográfico, Julio Heise ha estudiado a *O'Higgins, forjador de una tradición democrática*; Roberto Arancibia, las *Huellas de Bernardo Riquelme en Inglaterra*, entre múltiples aspectos de su vida, su obra o su pensamiento que han recibido atención. Han merecido biografías su madre y hermana, su hijo Demetrio y, la más notable, su padre *El Marqués de Osorno Don Ambrosio O'Higgins*, salida de la pluma de Ricardo Donoso. Aun las vidas de su amor fugaz Carlota Eels y de María del Rosario Puga y Vidaurre, la madre de Demetrio han sido contadas en *5 mujeres en la vida de O'Higgins*, de Manuel Ballbontín M. y Gustavo Opazo M.

En estos días, merced a la creciente cercanía del Bicentenario de la República, estamos ciertos de que el Padre de la Patria será nuevamente convocado. Una nueva generación de chilenos está atenta a lo que hoy tiene que decirnos. Para aproximarnos a su mensaje, mejor expresado en los hechos de su vida que en palabras, debemos ir a las fuentes. Tal es el propósito de este *Repertorio*, obra fundamental que inaugura un nuevo ciclo de reencuentros con la vida y la época de O'Higgins. Gracias a ella, que se dispone a acompañarnos, es ahora más posible ir en la búsqueda de la personalidad de don Bernardo.

Este libro recoge la faena austera, aunque no exenta de pasiones, de los historiadores. También la poesía, la música, el teatro, la pintura o la escultura que, a través de muchas décadas, se ha inspirado en la existencia desigual del Libertador, para retratarlo y recrear pasajes de su vida. En verdad ya resulta muy difícil reunir toda la o'higiniana dispersa. Se trata, no obstante, de una tarea necesaria.

A ella se ha abocado, con la pasión y la perseverancia que lo caracterizan, el profesor Alejandro Witker. Ha dado forma a un repertorio muy completo y de gran utilidad para el sistema escolar, los medios de información y los actores culturales. Su misión autoimpuesta, sin embargo, trasciende la mera recolección de materiales. Su *O'Higgins, cultura y nación*, en efecto, como su nombre lo anuncia, nace en la perspectiva del Bicentenario de la República y busca situar al Libertador como la figura central de la conmemoración. Ello conlleva, sostiene Witker, "la responsabilidad de pensar y realizar proyectos a la altura de su significado histórico, recuperar su obra como cimiento del presente, su vida luminosa como motivación del futuro. No se trata de una glorificación patrioter que oculte errores y debilidades propios de la condición humana, —agrega—, sino de recuperar su entrega ejemplar a la República y sus notables aportes como estadista y militar".

Toda esta labor de recuperación y puesta en valor del patrimonio histórico y cultural de Ñuble es fruto del especial apego del autor a Chillán, "su patria chica", en la expresión de la Mistral. El mismo Witker cita al padre Manuel Lacunza, que en el destierro escribió: "Solamente saben qué es Chile los que lo han perdido". Es una cita pertinente, pues ciertamente los jesuitas exiliados, como el abate Juan Ignacio Molina o Felipe Gómez de Vidaurre, con sus escritos sobre Chile, no sólo contribuyeron al conocimiento de la historia y el medio natural, sino a la formación del sentimiento de identidad y afecto patrio. El abate, como el mismo O'Higgins, murió esperando la oportunidad de regresar. Alejandro Witker, que pasó largos años fuera de Chile, al igual que Vidaurre, tuvo la fortuna de retornar a Chillán y, desde Concepción y esa ciudad, inició una ingente labor cultural.

Entre sus logros debe mencionarse la edición de los Cuadernos del Bío-Bío, colección de textos sobre temas regionales, que ya se acerca a los cuarenta títulos y que fue premiada por la Academia Chilena de la Lengua. Asimismo, no cabe omitir su libro monumental *La Silla de Sol*, que en su segunda edición, ahora en tres volúmenes, ha devenido en el catálogo indispensable y definitivo de los hombres y los hechos de Ñuble.

La obra *O'Higgins, cultura y nación, Repertorio para el Bicentenario de la República* forma parte del proyecto editorial "Grandes de Ñuble", que ya ha dado notables frutos. Son las biografías publicadas, de hermosa factura, de Claudio Arrau, Tomás Lago y Armando Lira. El *O'Higgins* de Alejandro Witker nos invita a renovar nuestro compromiso con el legado permanente del Libertador. "Antes de vencer a mis enemigos, escribió el prócer, aprendí a vencerme a mí mismo". Esa lección de templanza es su mensaje para el Chile de hoy. Hallemos, en el paradigma de su vida, las claves para comprender el presente y la fuerza moral para definir el futuro.